

046

DOCUMENTOS

PRECARIEDAD CON ROSTRO DE MUJER

Las más precarias entre las precarias
se hacen oír

Onintza Irureta Azkune

PRECARIEDAD CON ROSTRO DE MUJER

Las más precarias entre las precarias
se hacen oír

Onintza Irureta Azkune

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
PARTICIPANTES.....	4
“NO TENEMOS MIEDO, Y SE ACABÓ LO DE QUEDARNOS CALLADAS”.....	6
ELENA VASCONEZ: “ESTUVIMOS 47 DÍAS EN HUELGA; CONSEGUIMOS MUCHAS MEJORAS, PERO CONTINUAMOS LUCHANDO”.....	17



Documentos 46

Febrero de 2020

www.mrafundazioa.eus

@mrafundazioa

INTRODUCCIÓN

Este texto es la transcripción al papel (publicado en euskera en el número 244 de LARRUN) de la mesa redonda “Las luchas de las cuidadoras”, organizada conjuntamente por el semanario ARGIA y la Fundación Manu Robles-Arangiz Institutua con motivo del centenario del citado medio de comunicación. El cuidado de las personas fue el tema de la mesa redonda celebrada aquella tarde de marzo de 2019 en el Kafe Antzokia de Bilbo. Se trata de una actividad cuya responsabilidad debería ser colectiva, pero que en general asumen los sectores sociales que disfrutan de menos privilegios (mujeres precarias, o precarias y migrantes). Participaron como invitadas varias mujeres que trabajan de lleno en labores de cuidado (una empleada de hogar y una gerocultora de residencias de ancianos) y otras que, aun indirectamente, trabajan en sectores a los que afectan dichas labores (una limpiadora de hotel y una baserritarra). Con todas las peculiaridades de cada sector, las cuatro son “precarias”, debido a su condición de mujeres, trabajadoras y, en dos de los casos, migrantes; las cuatro han salido a la calle a luchar por la transformación de la sociedad, y las cuatro advierten de que, más allá de romper los techos de cristal, lo que tenemos que hacer es dar un profundo repaso a los inmundos suelos del mercado laboral.

La huelga feminista del pasado 8 de marzo dio absoluta prioridad a la vida y subrayó la importancia de colectivizar las labores de cuidados. No está de más recordar lo que proclamaba entonces el movimiento feminista de Euskal Herria: para que haya una transformación feminista hace falta luchar, “sobre todo en los ámbitos que han quedado al margen del conflicto político”. Uno de estos ámbitos es el de los cuidados, y la mesa redonda que hemos resumido en estas páginas es un paso más (y no uno cualquiera!) en el camino de su politización. Buena muestra de ello son los cuatro testimonios, recogidos y resumidos en estas páginas.

Al igual que la mesa redonda, también la redacción del texto está dividida en dos apartados: el primero recoge las conversaciones mantenidas con Soraya García Pablo, Silvia Rugamas Rivas y Arantza Arrien Goitandia en la mesa redonda; el segundo, la entrevista realizada a la cuarta participante, Elena Vasconez Cevallos. En ambos apartados actuó de moderadora la periodista de ARGIA y autora del libro “No eran trabajadoras, sólo mujeres”, Onintza Irureta Azkune.

PARTICIPANTES

Elena Vasconez Cevallos (*limpiadora de hotel*)



Nacida en Ecuador en 1980, emigró a Valencia en el 2003, dejando a su hija de cuatro años en su país natal, al cuidado de un familiar. Trabajó de cuidadora y en labores agrícolas y de limpieza hasta que decidió venir a Euskal Herria, animada por la esperanza de encontrar mejores condiciones de vida y de trabajo. Ha trabajado también aquí en los mismos sectores, o parecidos, y en la actualidad trabaja de limpiadora en el hotel Barceló Nervión de Bilbao, para la subcontrata Constant. Las limpiadoras de dicho hotel protagonizaron una huelga de 47 días (de noviembre de 2018 a enero de 2019) para exigir la mejora de sus condiciones de trabajo. Y allí se estrenó Elena como representante sindical de ELA.

Silvia Rugamas Rivas (*empleada de hogar*)



Nacida en El Salvador en 1977, vive en Euskal Herria desde el 2007. Reside en Santurtzi, y es empleada de hogar. No ha cambiado de profesión desde que emigró, y siempre ha cuidado niños: al principio, sin papeles; luego, en situación regularizada. Es miembro de la asociación Trabajadoras No Domesticadas, creada por las Escuelas de Economía Feminista de Euskal Herria. Es empleada de hogar externa, pero conoce bien la realidad de quienes trabajan como internas.

Soraya García Pablo (*trabajadora en una residencia de ancianos*)



Nacida en 1968, vive en Etxebarri. Se considera feminista y sindicalista. Trabaja como gerocultora en la red de residencias de ancianos de Bizkaia desde hace 18 años, de los cuales lleva 13 como representante sindical de ELA; en los últimos años, como liberada a jornada completa. Ha participado en las mesas de negociación de cuatro de los cinco convenios del sector de Bizkaia. Estuvo en primera línea en la huelga que hizo el sector desde marzo del 2016 hasta octubre del 2017, durante la negociación del último convenio.

Arantza Arrien Goitiandia (*baserritarra*)



Nacida en Aulestia en 1963, se trasladó a Ozaeta hace una década. Es baserritarra; estudió ingeniería agrónoma, y es miembro de la asociación Etxaldeko Emakumeak, que tiene como eje de actuación la soberanía alimentaria. El objetivo de la asociación es, por una parte, que el feminismo asuma las tesis de la soberanía alimentaria; por otra, integrar la perspectiva feminista en el movimiento del mundo rural. Arantza ha sido durante años representante del sindicato EHNE, y en la actualidad trabaja a media jornada en la Asociación de Desarrollo Rural de la Llanada Alavesa.



“NO TENEMOS MIEDO, Y SE ACABÓ LO DE QUEDARNOS CALLADAS”

Onintza Irureta: *¿En qué consiste la precariedad en vuestro sector?*

Soraya García: La precariedad que padecemos en las residencias de Bizkaia es la más típica entre las típicas. Por lo que al empleo se refiere, es un sector con un alto índice de precariedad, lo que provoca una enorme incertidumbre en mujeres con contrato temporal. Además, suelen ser contratos en fraude de ley, la mayoría a tiempo parcial. Y ya sabemos lo que significa el contrato a tiempo parcial para las mujeres que llevan poco tiempo en el mercado laboral y que tienen más de 50 años: que van a llegar a la jubilación con cotizaciones mínimas, y que van a padecer en el futuro la misma precariedad que sufren ahora. Por otra parte, las trabajadoras de este sector soportan una gran sobrecarga física y psíquica debido a la falta de personal, y los horarios y los turnos dificultan enormemente la conciliación de la vida laboral y familiar. En cuanto a los salarios, no alcanzan ni para cubrir las necesidades básicas. Y no me refiero solo a la vivienda, la alimentación y la ropa: me preocupa cada vez más un tipo de precariedad de la que muchas veces no se habla, una precariedad más ligada a los aspectos personales de la vida. Y es que no poder satisfacer nuestras necesidades personales tiene efectos colaterales en nuestras necesidades sociales: si no podemos satisfacer aquellas, mucho menos podremos con las relacionadas con el ocio. No podremos hacer cursos para poder mejorar nuestra situación laboral, no podremos gastar dinero en actividades culturales, ni hacer grandes viajes. Es una precariedad que me resulta muy preocupante, ya que en el caso de las mujeres nos empuja al aislamiento, a una vida social más restringida y a una autoestima más baja. Esos son, precisamente, algunos de los principales problemas de las mujeres trabajadoras, que tenemos una conciencia cada vez mayor de la precariedad laboral porque nuestras condiciones de trabajo son bien visibles, pero que olvidamos con frecuencia esa otra precariedad. Y creo que hay que darle la importancia que merece, y andar con mucho tiento. Porque, precisamente, el aislamiento social y la pérdida de autoestima que origina la precariedad son las principales dificultades que nos impiden mejorar nuestra posición en el mundo laboral, ya que alimentan el rol de “mujer sin amigos y sin cultura que se queda en casa”. Creo, por tanto, que la precariedad económica del mundo laboral perjudica tanto a la satisfacción de las necesidades básicas como a la de las necesidades sociales.

Silvia Rivas: En mi opinión, la precariedad tiene rostro de mujer. De mujer pobre, migrante, sin papeles, aislada y con pocos recursos y herramientas a su disposición. Hace seis décadas, venían aquí a trabajar las mujeres pobres del Estado español. Las “chachas”, así se les llamaba. Pues ahora somos nosotras, las mujeres de Sudamérica y de Centroamérica, las encargadas de los cuidados, las que mantenemos la vida. Somos las nuevas chachas. Es nuestra única salida: ser empleadas de hogar o realizar labores de cuidado, tanto como internas o como externas. Y si nosotras, las que tenemos papeles, padecemos una doble precariedad (por ser mujeres y por ser migrantes), imagínate en qué situación viven las empleadas de hogar internas sin papeles, las que se pasan las 24 horas del día en puestos de trabajo que nadie inspecciona. Se violan todos sus derechos: no tienen derecho al subsidio de paro, ni inspección alguna de la labor que realizan dentro del hogar. Debido a todo ello, muchas mujeres sufren abusos de poder, chantaje emocional, agresiones sexuales... ¿Y qué hacen las mujeres que se encuentran en esa situación? Pues como están solas y no tienen papeles, no tienen más remedio que tragar, porque tienen miedo. Tienen que proteger las vidas de aquellos que han dejado en sus países de procedencia, así como las suyas propias; por eso tienen miedo, y por eso soportan tantas humillaciones y violencias de todo tipo en el trabajo. Hay mujeres que nos han contado que duermen en la misma habitación (a veces, en la misma cama) que la persona a la que cuidan, y que además de las labores de cuidado tienen que hacer otros muchos trabajos: cocinar, limpiar la ropa, planchar, etc. La mayoría de los contratos se basan en una mentira: “Te vamos a dar de alta en la Seguridad Social”, te dicen, pero los contratos no recogen que trabajas 40 horas a la semana, y en el día a día la jornada se incrementa hasta llegar a doblarse.

Tenemos, además, la Ley de Extranjería, que nos deja a merced de diferentes violencias: nos exigen que vivamos aquí tres años para regularizar nuestra situación, pero para eso tienes que encontrar un empleador “majo” dispuesto a hacerte el contrato que te posibilita obtener la tarjeta de regularización. De lo contrario, aunque lleves años aquí puedes continuar viviendo sin papeles. Sin embargo, al conseguir los papeles te percatas de que la situación no varía mucho. Te sientes un poco más libre, pero la precariedad sigue ahí. Hay mujeres que trabajan 14 horas al día, sin vida social ni familiar. Tienen cargas y enfermedades que nadie detecta; depresiones, por ejemplo.

Arantza Arrien: La agricultura es un sector masculinizado, no feminizado. En nuestra opinión, la opresión múltiple que padecemos proviene del punto de intersección del patriarcado con el capitalismo. En nuestro caso, ese fenómeno se produce cuando se pone en marcha (y, posteriormente, se impone) el sistema agroindustrial. Dicho sistema industrial provoca un profundo cambio en nuestras relaciones con el trabajo: la agricultura industrial es cosa de hombres, y las mujeres trabajamos para ellos (para el hombre, para la empresa o para el sistema). Porque hoy en día el poder reside en el dinero, y quien tiene dinero tiene más capacidad de decisión. Este sistema provoca también la destrucción de los espacios de trabajo colectivos y la imposición de un individualismo feroz en la agricultura. Antes no era posible que en un caserío trabajara una persona sola, no es esa la naturaleza de nuestro trabajo. Pero hoy en día en la mayoría de los caseríos trabaja una persona, con todo lo que eso conlleva: aislamiento, partir a la ciudad para buscar otro tipo de trabajo, incremento de las relaciones de sumisión, más jefes... Aunque creamos que elegimos libremente aquello que consumimos, se nos dice cuándo y cómo consumir; y a los agricultores, lo mismo: se nos ordena qué producir, y cómo.

Nuestra precariedad tiene que ver sobre todo con los siguientes aspectos: en esta sociedad monetarizada, para empezar, con el dinero. Nuestro sueldo medio está por debajo del salario mínimo interprofesional; la mayoría cobramos por debajo de dicho umbral. El dinero decide quién puede tener tierra en este momento, quién tiene derecho a trabajar en esta profesión. Y es evidente que no debe ser así, que el dinero no debe ser el principal obstáculo para producir alimentos. Tenemos, por otra parte, el reparto de las ayudas. La agricultura se lleva una parte considerable de los presupuestos europeos, pero el 80% del dinero lo recibe el 20% de los agricultores; las mujeres recibimos el 32%, y los hombres el 68%. Si tenemos en cuenta la cantidad que se percibe por persona, observaremos que las mujeres cobramos un 55% menos que los hombres. Ello es debido, sobre todo, a nuestro modelo de agricultura. Además, hay que tener en cuenta que en la agricultura hay dos tipos de trabajadores, aunque algunos se consideren empresarios: los autónomos y los asalariados. El de los trabajadores asalariados es un sector feminizado, y las condiciones de trabajo son realmente penosas: hay casos en los que se les obliga a llevar pañales para que no pierdan tiempo en ir al baño. Y ahí están también las temporeras que recogen fresas en Huelva. La gente piensa que todos los agricultores somos autónomos, pero hay bastantes

trabajadores asalariados, de los cuales en este momento muchos son migrantes. También hay que tener en cuenta que muchas mujeres tenemos algún otro trabajillo extra para tener un sueldecito y hacer frente a los gastos. Y hay otro tipo de precariedad que también nos afecta a las mujeres: la falta de tiempo. Como normalmente trabajamos en casa o cerca de ésta, no tenemos horario fijo, y se confunden el trabajo productivo y el reproductivo: al igual que enciendes el fuego, cuelgas la ropa, llevas a la abuela al médico y cultivas los puerros. Por eso, creemos que necesitamos tiempo para disfrutar, para descansar, para militar y para poner en práctica otras alternativas.

Soraya y Silvia, ¿por qué afirmáis que las mujeres trabajáis en peores condiciones que los hombres de los sectores masculinizados o de los sectores feminizados?

S. García: Tal y como hemos señalado en todas las luchas y en todas las huelgas, sucede lo que sucede porque somos mujeres. Lo que pasa con nuestro trabajo es que, a lo largo de la historia, las mujeres hemos realizado labores para cumplir con el rol que se nos asigna. Pero las labores de cuidados han pasado al mercado, porque vivimos en un modelo de sociedad que privatiza servicios tales como el cuidado de los mayores (y, además, con dinero público). Los cuidados se han convertido en un gran negocio para las empresas. Y, además, ¡qué suerte!, son las mujeres las que hacen estos trabajos. Y lo hacen bien, porque es lo que han hecho toda la vida. Entonces, les pagamos unos eurillos por hacer lo que hasta ahora hacían gratis, y ahí tenemos el negocio del siglo (nótese la ironía). No se le da ningún valor a lo que hacemos las mujeres; siempre ha sido así, también cuando las mujeres trabajaban en casa: no se valoraban esos trabajos. Siempre he dicho que no nos toman por mujeres trabajadoras, sino solamente por mujeres. Nuestra actividad no tiene el suficiente reconocimiento como para tener valor económico, que nos posibilitaría poder vivir de nuestro trabajo. Nuestros trabajos son una prolongación del rol femenino que venimos arrastrando en el tiempo. La sociedad machista nos adjudica unos trabajos determinados desde que nacemos.

S. Rivas: En nuestro sector hay cuidadores, y cumplen el papel de auxiliares de cuidadora: llevan al parque a las personas a las que cuidan, o a tomar un café..., pero no realizan las labores del hogar, y los empleadores no los “prestan” para que trabajen en casa del vecino, de la prima o de la

tía. Para las cuidadoras es duro, ya que vemos cómo a ellos les dan siempre los trabajos más fáciles, mientras que a nosotras nos sobrecargan de trabajo continuamente. No solo eso: a los hombres se les paga más. Hay grandes diferencias salariales entre cuidadores y cuidadoras. También hay hombres que trabajan de cuidadores “internos”, en la propia casa de quien recibe los cuidados, pero también ahí realizan solo trabajos de cuidados y auxiliares, nunca labores del hogar. Hay casos de familias que han tenido un cuidador y que vuelven a contratar a una cuidadora, para que haga también las labores del hogar.

Arantza, ¿qué diferencias observas entre mujeres y hombres baserri-tarras por lo que a la precariedad se refiere?

A. Arrien: He hablado antes de las ayudas y de los trabajos asalariados. Pero hay también muchas mujeres que trabajan en el caserío pero que no aparecen por ninguna parte. Y es que en este sector hay tantas mujeres invisibles como mujeres activas, por dos motivos principales: los escasos beneficios y las prioridades. En muchos casos, se da prioridad a comprar un tractor nuevo, o lo que sea, en perjuicio de la cotización de la mujer. En las explotaciones profesionales, el 58% de los titulares son hombres, el 25% mujeres y el 18% sociedades. La explotación que sufrimos las mujeres en este sistema agrario es una muestra del modelo de agricultura que tenemos, como ya he señalado anteriormente. De las mujeres titulares de explotaciones, el 58% cultiva menos de dos hectáreas. No tenemos acceso a nada, y todo son obstáculos. ¿Qué pasa, por ejemplo, si produzco huevos, zumos, verduras, fruta...? Para hacer zumos, necesito una instalación. Pero ya sabemos lo que significa hoy en día meterse en una obra; además, el sistema sanitario —es decir, el sistema que controla los alimentos— nos obliga a cumplir determinadas condiciones: hay que poner paneles, puertas, lavabos para limpiarse las manos... Es muy, pero que muy caro. Hay que hacer una inversión para poder registrar la instalación; local incluido, pongamos que unos 50.000 euros. Y no estoy exagerando. Supongamos que además de zumos, también quiero producir huevos. Necesito otra sala para eso, y una más para guardar los recipientes. Otro tanto sucede si quiero hacer mermelada: necesito otro local. Además, se fomenta que las obras y las infraestructuras las haga cada cual por su cuenta. No se incentiva la colaboración, el trabajo colectivo; al contrario: se penaliza. Esa es una de nuestras reivindicaciones actuales, que se acepten los obradores colectivos. Creemos que sería mucho más sostenible y enriquecedor, tanto para las

mujeres baserritarras como para el sistema, ya que supondría la mejora de muchos aspectos de nuestro trabajo.

Por otra parte, también en lo que a la representatividad se refiere hay diferencias entre mujeres y hombres baserritarras, ya que los órganos políticos del sector agrícola están absolutamente masculinizados. Otro tanto sucede en las cooperativas, en los sindicatos..., en todas las estructuras del sector primario. Además, la mayoría de las mujeres baserritarras realizamos algún trabajo complementario fuera de casa; por lo general, labores relacionadas con los cuidados, comedores escolares, etc.

De los cuatro sectores aquí representados, al menos en tres realizáis labores de cuidados y de limpieza que, al igual que antaño, se siguen considerando trabajos de mujeres. ¿Pensáis que no se valora vuestro trabajo?

S. García: Históricamente, los trabajos que hacemos las mujeres en casa se han externalizado, pero somos las mujeres quienes seguimos haciéndolos, de manera precaria. Por tanto, no es casualidad que los roles que venimos desempeñando desde hace mucho tiempo los desempeñemos también en el mundo laboral: limpieza, cuidados, labores del hogar, niños... Tampoco es casualidad que la precariedad tenga hoy en día rostro de mujer.

Creo que está quedando bien claro que las mujeres hemos dejado de callarnos y de someternos, y así lo proclamábamos durante la huelga: "No tenemos miedo, y se acabó lo de quedarnos calladas". Podríamos decir, por tanto, que según va saliendo todo esto a la luz, se está empezando a hablar del trabajo de las mujeres y de la precariedad con rostro de mujer. Pero nada de esto es nuevo, ni —tampoco— la huelga de las residencias de ancianos de Bizkaia; todo esto viene de muy atrás, de cuando las mujeres hacían gratis los trabajos del hogar y a todo el mundo le parecía de lo más normal. Aquellas mujeres estaban tan sometidas que no podían ni dar un solo paso sin sus maridos, porque no tenían sueldo. Si los conflictos en la calle se han vuelto visibles, si la gente ha empezado a tomar en cuenta a las mujeres que protestan, si las mujeres hemos empezado a organizarnos y a luchar, es porque hemos puesto bajo los focos la siguiente cuestión: los trabajos más precarios los hacemos las mujeres, y están directamente relacionados con aquellos que históricamente realizamos las mujeres en casa.

S. Rivas: Creo que ya va siendo hora de que las labores de cuidados dejen de ser trabajos de pobres y de migrantes. En mi opinión, es importante ir socializando esos trabajos, dejar claro que también son cosa de hombres y que estos también deben implicarse en dichas labores. Ya basta de que solo las mujeres nos responsabilicemos de los cuidados; ya basta de que nos impongan roles desde el momento en que nacemos. Es que parece que no servimos para nada más que para limpiar y cuidar a la gente. Es hora de que reflexionemos y de que desarrollemos una conciencia social sobre la necesidad de repartir los cuidados; también es hora de que las instituciones públicas tomen cartas en el asunto y controlen este tipo de labores. Porque la trabajadora interna que hace estos trabajos también se merece un rato de descanso; no es justo que sobrelleve la carga de los cuidados las 24 horas del día. En mi opinión, las labores del hogar son las más precarizadas, las más invisibles, las menos reconocidas. Se habla cada vez más del tema, y estamos poniendo nombres a dichas labores. Creo que ya va siendo hora de que nos unamos y luchemos, de que sigamos por la vía que hemos emprendido.

Arantza, los cuidados no son el eje del trabajo de las baserritarras, pero imaginamos que vosotras asumís más que los hombres la carga de cuidar de la casa y de los familiares, ¿no?

A. Arrien: Sí, sin duda alguna. Los cuidados no son el eje de nuestro trabajo, pero sí una parte de él. Una de nuestras diferencias con respecto al entorno urbano es que vivimos fuera del pueblo, por lo que sufrimos la carga del transporte, una carga que se incrementa cuando tenemos que desplazarnos continuamente. Tenemos también la carga de la limpieza: vivimos en casas grandes, y tenemos cuadras, pabellones, máquinas y aparatos... Además de todo eso, tenemos otros cuidados, feminizados, directamente relacionados con nuestro trabajo: fabricar conservas, mantener las simientes, recolección de diferentes hierbas... Por ejemplo, si necesitamos manzanilla para todo el año, lo recogemos las mujeres. Las labores de transmisión de dichos conocimientos son también cuidados, aunque de otro tipo. Ante todo ello, hay también un aspecto positivo a destacar, que es el siguiente: en los pueblos pequeños, tenemos un gran potencial para impulsar el cuidado social, sea por necesidad o por la situación existente.

Acumuláis años de experiencia en vuestros respectivos trabajos. ¿Ha mejorado la situación de las mujeres trabajadoras en los sectores en los que trabajáis?

S. García: Nuestra situación ha mejorado, sí, y mucho. Evidentemente, la mejoría se ha producido gracias a la organización y a la sindicalización de las trabajadoras. Las mujeres nos hemos dado cuenta de que nosotras mismas tenemos que responsabilizarnos de nuestras condiciones laborales, que nosotras mismas debemos tomar las riendas y luchar, y que la organización y la sindicalización son las vías para conseguirlo. La situación ha cambiado radicalmente. El convenio de las residencias de Bizkaia tenía como referencia el convenio estatal, con un sueldo de 632,77 euros, pero hemos conseguido aumentar el sueldo más de un 200%. Por tanto, podemos decir que sí, que la situación ha mejorado mucho. Todos estos años hemos tenido que hacer huelgas y pelear en cada convenio; no hemos retrocedido nunca, porque nunca hemos aceptado dar un solo paso atrás. Así pues, creo que hemos mejorado mucho, y también que hay mucho que mejorar. Todas hemos interiorizado que se puede conseguir, y la lucha nos ha empoderado mucho. En este tipo de conflictos, cuando sabes que te corresponde a tí conocer la realidad de tu trabajo y cambiar la situación, cuando te sientes parte de un colectivo, se produce el empoderamiento, y te hace sentir que puedes conseguirlo. Te das cuenta de que eres capaz de alcanzar aquello por lo que estás peleando, y eso te ayuda a hacer frente a los miedos y a las inseguridades; te haces más fuerte, más valiente. Ese proceso lo hemos vivido muchas durante las huelgas, y te da una fuerza enorme. Por tanto, sí: nuestra situación ha mejorado mucho, y seguirá haciéndolo. Merece la pena intentarlo. Pero la organización, la sindicalización y la lucha son fundamentales en el camino de la victoria. Resumiendo: hemos ganado.

S. Rivas: Llevo doce años trabajando en el sector de los cuidados, y no veo que la situación haya mejorado, sino todo lo contrario: nos sentimos cada vez más precarizadas. No creo que notemos ninguna mejoría hasta que la situación se regularice y adquiera rango legal el convenio 189 (se refiere al Convenio 189 de la Organización Internacional del Trabajo, relativo a las labores domésticas. En caso de que fuera aceptado habría que efectuar cambios legales, sobre todo en lo que se refiere a la Seguridad Social). Ni el sector ni el trabajo estás regularizados. Hemos permanecido en todo momento en este régimen especial, y no tenemos ni subsidio de paro ni derecho a baja, ni inspecciones de trabajo, que buena falta hacen. En ese sentido, me siento desanimada, pero, al mismo tiempo, soy consciente de que hemos avanzado en muchos aspectos. Al menos hemos situado los cuidados en el centro del debate y se habla del tema. Visto desde esa óptica, la situación ha cambiado desde hace

algún tiempo: hace un par de años participé por primera vez en la huelga feminista del 8 de marzo, y percibí una actitud receptiva por parte de las organizaciones feministas con respecto a las labores de cuidados. Fue entonces cuando se empezó a hablar del tema, a darle importancia, y comenzamos a sacar nuestras reivindicaciones a la calle. En las movilizaciones, participé en el eje de los cuidados, y como muchas cuidadoras internas no pudieron estar presentes, nosotras fuimos sus portavoces. Grabamos audios con las voces de mujeres que no pudieron acudir a las movilizaciones, para llevar su presencia a la calle.

Hay mucho que hacer todavía, hay mucha conciencia que cultivar, pero nosotras solas no podemos; necesitamos ayuda. Las labores de cuidados son transversales, nos afectan a todos; por tanto, debemos tomar conciencia y promover alianzas y colaboraciones para seguir luchando y conseguir regularizar nuestra profesión, Para poder decir algún día, como Soraya, que lo hemos logrado. Pero para alcanzar dichos objetivos, tenemos que trabajar en grupo y formar alianzas.

A. Arrien: El colectivo de mujeres baserritarras es cada vez más plural. Está entrando gente nueva en el sector, y con ella, nuevas perspectivas y modelos. Todo ello supone una mejoría para nosotras. Por otra parte, también trabajamos con otros colectivos (con técnicos de igualdad de algunos ayuntamientos, por ejemplo), y también hemos percibido mejorías procedentes de ese ámbito. En cuanto a las leyes se refiere, se creó una figura jurídica de cotitularidad que regula la gestión de una explotación en la que trabaje una pareja heterosexual y que establece una pensión compensatoria para la mujer en caso de separación. Otro cambio en lo que a las leyes respecta ha sido el Estatuto de las Mujeres Agricultoras, que abre la puerta a algunas opciones, aunque, como siempre, se quedan en agua de borrajas si no se ponen medios humanos y económicos. El Gobierno Vasco acaba de enviar una carta todos los colectivos de agricultores para informar de lo siguiente: en adelante, en todos los órganos el porcentaje de mujeres debe ser como mínimo del 40 %. En caso de no cumplirse dicha condición, los colectivos no recibirán ayudas. Se ha empezado con eso; el asunto tiene un gran potencial, pero, aunque menos es nada, por el momento no hemos pasado de ahí. Y si en algo no hemos avanzado, es en el reconocimiento de nuestro modelo de trabajo. No se fomenta la investigación de nuestro modelo, y todo se encauza a otros; en la agricultura la tecnología y la investigación están lejos de las mujeres.

Las imágenes de la calle están cambiando: ahora se ven mujeres trabajadoras luchando por sus derechos. ¿Creéis que habéis conseguido traer vuestras luchas a un primer plano?

S. García: Bueno, hemos logrado socializar nuestro trabajo y hacerlo más visible, gracias a la labor que hemos desarrollado. Hemos hecho un trabajo que podríamos calificar de histórico. Hemos socializado el conflicto sacándolo a la calle día tras día —una huelga de 378 días—, yendo pueblo por pueblo, informando de nuestra situación en todos los foros a los que se nos invitaba... Por otra parte, hemos intentado acercarnos al mayor número posible de colectivos y hemos procurado crear alianzas, ya que teníamos claro que lo mejor es sumar fuerzas: hemos hablado con los grupos feministas, con Pensionistak Martxan, con la asociación Babestuz de familias de residentes... Todos esos encuentros hicieron cada vez más visible el conflicto. Pero detrás de eso hay todo un proceso en el que ha habido muchas asambleas, un proceso que exige la participación en la lucha de otros colectivos.

Las luchas están presentes porque vivimos una situación que así lo exige; tenemos que salir a la calle, porque nuestras condiciones laborales son deplorables. La precariedad en nuestro sector es cada vez mayor, y si no luchamos, si no salimos a la calle y le explicamos a la gente lo que nos sucede y lo que cobramos, la sociedad no será consciente de nuestra situación y no nos apoyará, no conseguiremos nada. Pero, insisto: el conflicto se ha vuelto visible porque hemos trabajado para que así lo fuera. La sociedad, las patronales y los gobiernos no nos han ayudado. Son las trabajadoras las que han dado a conocer el conflicto, así como las asociaciones que nos han escuchado y han querido ayudarnos. En nuestro caso, el apoyo del sindicato ELA y de los recursos que ha puesto a nuestra disposición han sido vitales para sacar nuestra lucha a la calle.

S. Rivas: Yo también creo que ciertos colectivos están cada vez más dispuestos a hacer algo para visibilizar nuestros trabajos. Lo bonito del caso es que somos las empleadas de hogar las protagonistas del esfuerzo por mostrar nuestra lucha a la opinión pública. En estos momentos estamos desarrollando una campaña de sensibilización en la que las protagonistas son las propias empleadas de hogar. Se trata de una campaña en la que veremos, en todas las estaciones, rostros de mujeres que cuidan a niños y a ancianos y que limpian las casas ajenas. Es una manera de interperlar a la sociedad y, de paso, de dar a conocer y socializar el tema. En

mi opinión, avanzaremos paso a paso, como las tortugas, pero llegaremos a decir “¡lo hemos conseguido!”. Es muy importante para nosotras.

A. Arrien: Para empezar, muchas gracias a ARGIA, y felicidades. Son estas cosas las que nos hacen más visibles. Nuestra propuesta es impregnar de feminismo la soberanía alimentaria y de soberanía alimentaria el feminismo. Por lo que a nosotras respecta, nos ha dado visibilidad que el feminismo haya hecho suya la reivindicación de la soberanía alimentaria. En cambio, vamos más despacio en el sentido contrario, es decir, en impregnar de feminismo nuestro sector. Una cosa que quisiera comentar: todos somos responsables de la precariedad de nuestra profesión, puesto que todos comemos y los hábitos alimenticios de la sociedad afectan a nuestra situación. Todos somos baserritarras, solemos decir. Teniendo en cuenta nuestra responsabilidad en el cambio climático, decimos también que somos parte del problema, pero también de la solución. Lo mismo diría sobre la precariedad: todos somos responsables, pero también la solución está en manos de todos.

ELENA VASCONEZ: “ESTUVIMOS 47 DÍAS EN HUELGA; CONSEGUIMOS MUCHAS MEJORAS, PERO CONTINUAMOS LUCHANDO”

Saliste de Ecuador en 2003. ¿Por qué?

Al igual que otros muchos migrantes, me fui de mi país en busca de una vida mejor para mi hija, mis padres y para mí. Me marché dejando allí a mi hija de cuatro años, con la intención de ofrecerle un futuro mejor. Imagínate lo que es despedirte para meses, o años, de un hijo, si muchas veces nos quedamos con mal cuerpo cuando lo dejamos en la guardería para unas pocas horas. Conseguí traer aquí a mi hija dos años después de marcharme de mi país.

En 2003 fuiste a Valencia. ¿En qué trabajabas entonces?

Cuando llegué a Valencia, mi primer trabajo fue de empleada de hogar, cuidando a una persona mayor. Estuve en aquella casa hasta que, unos meses después, se murió la persona a la que cuidaba, que estaba ya en fase terminal. También trabajé cuidando niños, en el campo y en el sector de la limpieza. Es lo que hay: sin papeles, es muy difícil encontrar otra cosa. Por eso, muchas veces aceptas el primer empleo que te ofrecen.

Tras permanecer unos años en Valencia, viniste a Euskal Herria, pensando que aquí serían mejores las condiciones laborales. ¿Qué te encontraste al llegar aquí?

Bueno, la diferencia fue considerable. Aquí se paga algo más el trabajo, pero, obviamente, los gastos de alquiler, alimentación y demás también son mayores. Lo cierto es que me he encontrado con gente muy agradable, y he trabajado mucho tiempo con ella. Mucho mejor que en Valencia, la verdad.

¿En qué trabajas aquí?

En lo mismo que en Valencia: hago trabajos de limpieza, cuido a gente mayor, y también a niños. Cuidé a uno desde que tenía ocho meses hasta los cinco años; ahora es joven, y nos vemos a veces. Me quiere mucho. Gracias al contrato que me hizo un empleador conseguí los papeles, y mi situación mejoró un poco: empecé a cotizar, lo que conlleva diversas ventajas; tenía desempleo y Seguridad Social, etc.

Te hemos oído decir que hay racismo y xenofobia en todos los sitios. ¿Los has padecido en carne propia?

En los lugares de trabajo no he vivido esos problemas; como ya he señalado, me he encontrado aquí con buena gente. Pero sí en el ámbito público. Una vez, viajando en metro, me sucedió lo siguiente, estando yo embarazada: una mujer me reprochó que iba tumbada en los asientos. Pero no era cierto. La cuestión es que estaba ya de siete u ocho meses y que iba sentada como podía. Por otra parte, la gente dice que venimos a robar los puestos de trabajo a los de aquí, a pedir ayudas..., pero no es verdad. No hay que generalizar, porque muchos trabajamos honradamente, haciendo, a lo mejor, trabajos que los de aquí no quieren para sí, para poder sacar adelante a nuestros hijos y a nuestra familia.

Hablemos de tu último empleo. Las trabajadoras de hotel fuisteis a la huelga...

Estuvimos mucho tiempo con la cabeza gacha, aceptando lo que nos ofrecían. Nos pagaban 2,5 euros por cada habitación que limpiábamos, y muchas veces teníamos ratios de 18 habitaciones. Si no conseguíamos limpiarlas todas, "debíamos" habitaciones y teníamos que sacrificar un día de descanso para saldar la deuda. Y todo eso para cobrar un sueldo de 800 euros. Ante dicha situación, muchas hablábamos en los pasillos; queríamos sindicalizarnos, pero nadie se atrevía, por miedo a perder el trabajo si protestábamos. Le costó mucho a la gente decidirse a ir a la huelga, pero un día dimos el gran paso. Estuvimos 47 días en huelga; conseguimos muchas mejoras, pero continuamos luchando, porque la empresa nos sigue negando muchos derechos. Se alcanzó un acuerdo, pero seguimos peleando.

Te estrenaste como representante sindical en aquella huelga. ¿Por qué decidiste dar ese paso?

Como decía antes, muchas compañeras tenían miedo de protestar. Además, hay muchas trabajadoras extranjeras en el hotel a las que les cuesta expresarse en castellano. Por eso, es posible que yo me exprese y entienda mejor que ellas (suelo explicar cosas con frecuencia a mis compañeras). Tal vez por eso me han elegido representante sindical, porque han visto que tengo cierta habilidad para la comunicación.

Has afirmado en alguna ocasión que las migrantes trabajáis en peores condiciones que vuestras compañeras “de aquí”?

Sí. Y creo que eso es debido a que los migrantes siempre pensamos que tenemos todas las de perder. “Ahora estoy trabajando; si dejo este empleo, ¿adónde iré?, ¿en qué trabajaré? No puedo trabajar en una empresa, no puedo cotizar, no cobraré subsidio si me quedo en el paro...”, eso es lo que piensas cuando trabajas sin papeles. Por tanto, no te queda más remedio que aceptar lo que te ofrecen. A “las de aquí” no les pasa eso: si está a gusto en su trabajo y les gusta lo que hacen, ahí siguen; y, si no, lo dejan, porque saben que ya encontrarán alguna otra cosa.

No trabajas a jornada completa, a pesar de que tú misma aseguraste que necesitabas trabajar. Teniendo tres hijos, ¿el motivo de no trabajar a jornada completa es la conciliación?

No puedo trabajar a jornada completa porque tengo tres hijos. La hija mayor tiene ya 21 años, pero los otros dos son pequeños todavía. Y, como bien sabréis, las mujeres trabajamos lo mismo en casa que fuera de ella, y nosotras nos encargamos de los hijos y de las labores del hogar. Que si los niños tienen que ir al médico, que si no tienen cole...; me toca encargarme a mí de todo eso. No puedo permitirme trabajar a jornada completa. Nos pagan el trabajo que hacemos fuera de casa, pero no el del hogar.

Las mujeres con trabajos precarizados estáis empezando a salir a la calle a defender vuestros derechos. Cada vez sois más visibles, tanto vosotras como vuestros conflictos laborales. ¿Tú también lo vives así?

Sí, nos estamos dando a conocer cada vez más. Estamos en esta lucha para que se nos valore como mujeres y como trabajadoras. Buena muestra de ello es que salimos a la calle, a reivindicar nuestros derechos, en la huelga feminista del 8 de marzo. Pero hay que seguir luchando, porque no se acaba aquí todo. Hay un largo camino que recorrer, y hay que continuar avanzando. Como decía una amiga, “tenemos que querernos a nosotras mismas, empezar a respetarnos para que los demás nos respeten y nos valoren”.

